

ARTURO PÉREZ-REVERTE

EL PUENTE DE LOS ASESINOS



Las aventuras del capitán Alatríste

VOLUMEN VII

*A Jacinto Antón, maestro de armas
en la ciudad de Barcelona.*

*Los soldados de bien, por hacer larga la vida de su patria,
hacen la suya corta. Entre venenos y fatigas guardan la vida
para un golpe; su muerte no hace más estruendo que el que
hizo el golpe que les dio la muerte. Su mira, en su vida, sólo
fue la buena fama. Ellos supieron merecerla, pero no hacerla.
Quien la sabe hacer, debe labrarla. Los hombres de pluma
elocuente están obligados a la inmortalidad de la espada briosa.*

JUAN DE ZABALETA

Capítulo I

GENTE DE ACERO Y SILENCIOS

Dos hombres se batían a la luz indecisa del amanecer, silueteados en la claridad gris que llegaba despacio por levante. La isla —poco más que un islote, en realidad— era pequeña y chata. Sus orillas, desnudas por la marea baja, se deshilaban en la bruma que la noche había dejado atrás. Eso daba una impresión de paisaje irreal, como si aquella porción de tierra neblinosa fuese parte misma del cielo y del agua. Las nubes eran pesadas y oscuras, y lloviznaban nieve casi líquida sobre la laguna veneciana. Hacía mucho frío aquel veinticinco de diciembre de mil seiscientos veintisiete.

—Están locos —dijo el moro Gurriato.

Seguía tirado en la escarcha del suelo, envuelto en mi capa mojada, y se incorporaba débilmente sobre un codo para observar a los contendientes. Yo, que acababa de vendarle la herida del costado, permanecía de pie junto a Sebastián Copons, tiritando bajo mi jubón de poco abrigo. Miraba a los dos hombres que, a veinte

pasos de nosotros, destocados, a cuerpo gentil pese a lo destemplado del paraje, se acometían espada y daga en mano.

—Dios ciega a quien desea perder —masculló el moro, entre los dientes apretados por el dolor.

No respondí. Estaba de acuerdo en que aquello era un disparate que remataba el otro, el más vasto y sangriento que nos había llevado hasta allí; pero nada podía hacer yo. Ni ruegos ni razones, ni tampoco la evidencia notoria del peligro mortal que corríamos todos, habían logrado evitar lo que estaba ocurriendo en la isla. Una porción de tierra, ésta, cuyo nombre iba que ni pintado a nuestro presente incierto: isla de los Esqueletos, lugar elegido como osario por los habitantes de Venecia para despejar, de unos años acá, sus atestados cementerios. Las huellas estaban por todas partes. Entre la hierba húmeda, el barro y la tierra removida, a poco que se fijara uno, veía asomar restos de huesos y calaveras.

No sonaba otra cosa que el tintineo de los aceros: cling-clang. Mis ojos sólo se apartaron de la escena para mirar lejos, hacia el sur, donde la laguna se abría al Adriático. Pese a que a medida que se asentaba la luz diurna disminuían nuestras posibilidades, me animaba la esperanza de divisar, antes de que fuera demasiado tarde, una manchita blanca en el horizonte: la vela de la embarcación que debía sacarnos de allí, llevándonos a un lugar seguro antes de que nuestros perseguidores, que escudriñaban airados las islas cercanas, diesen con nosotros y nos cayeran encima como perros rabiosos. Y por Dios que no les faltaba motivo. En cualquier caso,

ya era sobrado milagro que estuviésemos allí, temblando de frío en aquel islote, con su cuchillada el moro Gurriato pero todavía vivo, mientras el capitán Alatríste ajustaba viejas cuentas pendientes. Los cinco que aguardábamos en la isla —tres de nosotros mirando y los otros en danza de toledanas, como dije— éramos de los pocos que aún podían contarle. En ese mismo instante, no lejos de allí, otros compañeros de aventura estaban siendo torturados y estrangulados en los calabozos de la Serenísima, colgaban de una soga frente a San Marcos o flotaban en el agua de los canales, tiñéndola de rojo con un lindo tajo en la garganta.

Todo había empezado dos meses atrás, en Nápoles, al regreso de una incursión en la costa griega. Después del combate naval con los turcos en las bocas de Escanderlu, donde perdimos a tantos hombres buenos y estuvimos al filo de dejar la piel, el capitán Alatríste y yo —mancebo en días pero al fin soldado, iba camino de los dieciocho años como por la posta— estuvimos una temporada reponiendo la salud y el ánimo con las delicias de la antigua Parténope, bastión principal del rey nuestro señor en el Mediterráneo y paraíso de los españoles en Italia. Poco duró el relajo. Arrojadados a trochemoche —sobre todo el hijo de mi padre— sobre las tabernas del Chorrillo y los goces en que tan generosa era aquella ciudad magnífica, eso apuntilló nuestra enjuta bolsa. De modo que, hombres de armas como éramos, no hubo otra que buscar ocasión de mejor fortuna,

y echamos papeleta para embarcar de nuevo. La brava *Mulata*, que habíamos traído a duras penas y muy maltratada del viaje a la costa de Anatolia, estaba en las atarazanas, reparándose. Así que embarcamos en la *Virgen del Rosario*, galera de veinticuatro bancos. Para desilusión nuestra, la primera salida no fue para corsear las islas de Levante a la caza de botines, sino de viaje por la costa griega, al lugar que llamábamos Brazo de Mayna, para llevar armas y socorros a los cristianos que allí hacían guerra de montaña escaramuzando contra los turcos que, desde hacía doscientos años, ocupaban su tierra.

La misión era sencilla, de poco fuste y ningún beneficio para nosotros: cargar en Mesina cien arcabuces de Éibar, trescientas lanzas de moharra tolosana y quince barriles de pólvora, y desembarcarlo todo de manera secreta en una ensenada, más allá del cabo Matapán, que los griegos llamaban Porto Kayio y los españoles Puerto Coalla. Así lo hicimos, sin tropiezos, y eso me permitió ver de cerca a los maynotas, que son los griegos de aquella parte y habitan una tierra áspera, estéril, que los hace rudos, cerriles y ladrones a más no poder. Eran muchas las esperanzas de libertad que esta gente, sometida por la crueldad turca, tenía puestas en el rey de España como monarca más poderoso del mundo; pero a nuestro señor don Felipe IV y a su ministro el conde-duque de Olivares no les interesaba comprometerse por unos cuantos griegos oprimidos, en una campaña lejana e incierta como aquélla, contra un imperio turco que, aunque todavía en pleno vigor, había dejado de ser agresivo para nosotros en el Mediterráneo. La

guerra reavivada en Flandes y Europa engullía hombres y dinero, y nuestros enemigos naturales, la Holanda rebelde y también Francia, Inglaterra, Venecia y el mismo papa de Roma, habrían visto con felicidad a España enfangada en un conflicto oriental que distrajese fuerzas del escenario europeo; allí donde el viejo león hispano peleaba solo contra todos, todavía con recios zarzapos merced al oro de las Indias y a los temibles tercios viejos de infantería española. Por eso nuestro socorro a los habitantes de Brazo de Mayna fue más simbólico que otra cosa, alentándolos a hostigar a los otomanos —degollaban a recaudadores de impuestos, tendían emboscadas y cosas así—, pero sin empeñarles más que vagas promesas y alguna ayuda menor, como la que la *Virgen del Rosario* desembarcó en Puerto Coalla. Pocos años más tarde ocurrió lo que en tales casos suele ocurrir: los turcos ahogaron en sangre el levantamiento, y España abandonó a los maynotas a su triste suerte.

El caso es que regresamos a Nápoles sin novedad, con un viento próspero que nos hizo avistar el Vesubio en pocos días. Quedó amarrada la galera en el muelle grande, junto a la linterna, cerca de las imponentes torres negras de Castilnuovo; y bajamos a tierra cuando se nos permitió, rascándonos las chinchas camino de nuestros alojamientos en el barrio, o cuartel, allí llamado de los españoles. La sarracina de las bocas de Escanderlu nos había acercado de nuevo al capitán Alatríste y a mí, tras algunos desacuerdos a los que mi juventud y arrogancia, con los vicios que la vida de soldado acarrea, no habían sido ajenas; pero yo seguía viviendo en los barracones militares de Monte Calvario, sin regresar

a mi antiguo cuarto en la posada de Ana de Osorio. Eso me daba independencia y facilitaba la compañía con gente de mi edad, como Jaime Correas, que en Nápoles como en Flandes era consorte habitual, y con quien solía echarlo todo a doce. Este amigo, cada vez más apicarado, siempre afecto al naípe, a armarse a lo Baco y a traer el seso en la punta del caramillo, no era, con- vengo en ello, la mejor influencia. Él solo bastaba para deshonar a un duque. Sin embargo, yo le tenía apego. En los mandarachos y tabernas partenopeos seguíamos inseparables; y no sólo allí, pues entrambos salíamos aplicados en parafrasear, del buen don Miguel de Cer- vantes, aquellos lindos versos parnasianos:

*Y díjeme a mí mismo: «No me engaño,
esta ciudad es Nápoles la ilustre,
que yo gocé sus hembras más de un año».*

Aquella mañana, cuando llegamos ante la posada donde vivía el capitán, cargados con nuestros sacos de soldados y abriéndonos paso entre la gente que atesta- ba las calles abigarradas del cuartel español, un hombre que aguardaba apoyado en la pared frontera se apartó de ella y vino hacia nosotros. Vestía de negro, como abogado o funcionario, no ceñía espada y se cubría con sombrero de ala corta. Su aspecto recordaba a esos cuer- vos siniestros a los que sueles encontrar junto a jueces e inquisidores, escribiendo renglones que no tardarán en complicarte la vida. Entre las primeras cosas que yo había aprendido junto al capitán, bien a mi costa, se contaba recelar menos de quienes se limpian las uñas

con cuchillos de diversas hechuras —unos para cortar bolsas, otros para matar puercos y otros para matar a personas— que de esa ralea vestida de negro, hábil en cebar horcas, cárceles y cementerios con una pluma de ave, un tintero y unas resmas de papel.

—¿Es vuestra merced Diego Alatríste?

Su acento era buen español, sin rastro de italiano. Lo miramos con la natural desconfianza, sin dejar de mascar los trozos de escamozza que habíamos comprado a un quesero por el camino. Una cosa era que un camarada te diese la bienvenida al bajar de la galera, señalando alegre la puerta de una taberna, y otra bien distinta encontrar a un pájaro de mala sombra pronunciando tu nombre y apellido. Observé que el capitán se ponía tenso y dejaba el petate en el suelo, mientras sus ojos glaucos recorrían al individuo de arriba abajo.

—¿Y qué, si lo soy?

—Tengo instrucciones para conducirlos conmigo.

Bajo el ala ancha del chapeo que le ensombrecía el rostro aguileño, tostado por el sol griego, vi endurecerse los rasgos de mi antiguo amo. Su mano izquierda fue a apoyarse, como al descuido, en el pomo de la toledana que llevaba al cinto.

—¿A dónde?

Me miró el individuo, dubitativo, mientras yo consideraba todo aquello rápidamente. Acabé descartando un mal paso que tuviese como próxima etapa la cárcel de Santiago o la Vicaría. Nadie que conociese el nombre de Diego Alatríste —y por consiguiente la reputación que lo sostenía— iba a encargarse de llevar a un solo hombre que lo llevase allí donde no quisiera ir. Para esos lances

solían mandarles los corchetes de seis en seis, armados con más hierro que Vizcaya.

—Es asunto particular —dijo—. Y sólo concierne a vuestra merced.

—¿A dónde? —repitió el capitán, impasible.

Un silencio. El hombre vestido de negro ya no parecía tan seguro de sí. Me dirigió otro vistazo rápido antes de encarar de nuevo los ojos fríos que lo observaban bajo el ala ancha del sombrero.

—A Piedegruta... Alguien desea veros.

—¿Es asunto oficial?

—Podría serlo.

Con estas últimas palabras sacó un papel doblado y lacrado del bolsillo y se lo entregó al capitán. Rompió éste el sello, echó un vistazo, y yo, que me había apartado ligeramente por no parecer indiscreto —aunque me quemaba en ganas de meter el hocico—, lo vi pasarse dos dedos por el mostacho. Al cabo dobló el papel, se lo guardó en la faltriquera y estuvo pensativo un instante. Luego se volvió hacia mí.

—Te veré luego, Íñigo.

Asentí, desilusionado. Le conocía el tono y no hubo más que decir. Despidiéndome con un gesto, seguí camino petate al hombro, cuesta arriba, rumbo a Monte Calvario; en cuyo barracón militar, junto a Jaime Correas y otros camaradas, se alojaba también Aixa Ben Gurriat, al que todos llamábamos moro Gurriato: el mogataz azuago que se había alistado en la infantería española tras la cabalgada de Orán. Seguía siendo un pintoresco y peligroso personaje, particularmente afecto al capitán Alatríste. Durante el tiempo que correamos en la *Mulata* había

tejido con nosotros una lealtad aún más singular y estrecha; aunque el fondo de sus pensamientos, con aquella estoica serenidad que lo caracterizaba a la hora de encarar la vida y la muerte o considerar los actos de los hombres, seguía siendo un misterio para mí. Añadiré, ya que andamos en ello, que completaba nuestro rancho de amigos en la ciudad —el capitán Alonso de Contreras estaba por esas fechas de gobernador en Pantelaria— el aragonés Sebastián Copons, que no había embarcado en la *Virgen del Rosario* porque servía de caporal con la guarnición del castillo del Huevo. Por aquel tiempo pasó también unos días en Nápoles, aunque sólo de camino, Lopito de Vega, hijo del gran Lope, que ya tenía su patente de alférez. Nos habíamos holgado mucho de encontrarlo otra vez, pues era un bravo muchacho; aunque nuestra alegría estuvo empañada por su reciente viudez de la joven Laura Moscatel, arrebatada por unas calenturas malignas a poco del matrimonio. El hijo del Fénix de los Ingenios volverá a aparecer en el curso de la presente historia, así que hablaremos de él más adelante.

Diego Alatríste bajó del carruaje y miró en torno, desconfiado. Tenía por sana costumbre, antes de entrar en un sitio incierto, establecer por dónde iba a irse, o intentarlo, si las cosas terminaban complicándose. El billete que le ordenaba acompañar al hombre de negro estaba firmado por don Esteban Espinar, sargento mayor del tercio de Nápoles, y no admitía discusión alguna; pero nada más se aclaraba en él. Así que Alatríste estudió

los alrededores antes de encaminarse al caserón de tres plantas que se levantaba en el lado derecho de la vía Piedegruta, cerca de la playa. Conocía el lugar por ser sitio de las afueras frecuentado por los españoles en fiestas y romerías. Había algunos ventorrillos agradables entre los casales y arboledas de las faldas del Posílipo, la casa de la Torreta quedaba al otro lado del camino, y la iglesia de Santa María al final de éste, cerca de la entrada a la antigua y famosa cueva que desde tiempo de los romanos daba nombre al paraje. A esa hora, el lugar estaba poco transitado: unas mujeres volvían con cántaros de agua de la fuente cercana y un zapatero remendón manejaba su lezna bajo un toldo de rayas blancas y azules, en la esquina de la rampa vieja de San Antonio.

—Sígame vuestra merced.

El caserón tenía casi todos los postigos cerrados. El eco doble de los pasos —las botas de Alatríste, sobre todo— parecía prolongarse hasta el infinito. Su interior mal ventilado, oscuro a trechos, estaba dispuesto con muebles viejos, situados de cualquier manera junto a paredes de pinturas desconchadas, restos de un antiguo esplendor. En el primer piso, al final de la escalera se prolongaba un corredor ancho y largo con puertas a uno y otro lado, a cuyo extremo se abría un salón muy iluminado por el sol. Parecía la única estancia confortable de la casa: cuadros en las paredes y alfombra de dibujo oriental sobre suelo de baldosas. Frente a una chimenea grande y apagada, una mesa de escritorio, con cuatro sillas dispuestas a los lados, estaba cubierta de libros y papeles. También había un candelabro de cinco brazos, una frasca de vino y dos copas de cristal tallado.

Algo más allá, junto a una ventana por la que se distinguían, lejos, las torres de Mergelina y el campanario de Santa María del Parto, dos hombres en pie conversaban envueltos en el fuerte contraluz del exterior.

—Con su permiso, Excelencia —dijo el hombre de negro.

Se había detenido en el umbral, sombrero en mano. Lo mismo hizo Diego Alatraste, destocándose cuando una de las dos siluetas recortadas en el resplandor de la ventana se volvió hacia él, moviéndose a un lado: se trataba de un caballero de mediana edad, buena traza y mejores ropas. Su rostro le era desconocido, pero no pasó por alto, aparte el tratamiento de Excelencia, la empuñadura de oro de martillo de la espada que llevaba al cinto, los botones de esmeraldas en su jubón de terciopelo de color violeta y la cruz de Calatrava bordada sobre el pecho. Inmóvil, las manos a la espalda, el hombre estuvo mirando un buen rato a Alatraste, en silencio. Tenía el pelo crespo y corto muy salpicado de canas, como el bigote y la barba estrecha y apuntada.

—Habéis tardado un poco —dijo al fin.

El tono era de fastidio. Arrogante. Tras considerarlo un momento, Alatraste se encogió de hombros.

—Vengo de lejos —respondió.

—El puerto no lo está tanto.

—La costa griega, sí —no pestañeó en la breve pausa—. Excelencia.

Arrugó la frente el otro. Saltaba a la vista que no era el tono al que estaba acostumbrado, pero a Alatraste eso le importaba un diente de ajo. Dime tu nombre, pensó sin despegar los labios, o tu título, y barro el sue-

lo con el fieltro. Pero vengo demasiado cansado para jugar a las adivinanzas en vez de estar en la posada, quitándome la sal y la mugre en una tina con agua caliente. O para satisfacerme con el Excelencia a secas, dicho por un funcionario al que tampoco conozco, que nada me cuenta y que el diablo se lleve.

—Nos dijeron que vuestra galera amarró de madrugada —comentó el caballero, desabrido.

Alatraste encogió los hombros de nuevo. Le habría divertido la situación, quizás, de no mirar de reajo, de vez en cuando, al otro hombre inmóvil en el fuerte contraluz de la ventana. Su silencio lo inquietaba. Reunión de pastores, recordó, oveja muerta. En tales casos, la oveja solía ser él.

—Un soldado no baja a tierra cuando quiere, sino cuando lo dejan bajar.

Lo estudió el otro con mirada crítica, silenciosa. Alatraste observó que se fijaba con detenimiento en las cicatrices de su rostro y sus manos, y en los roces y mellas que rayaban la cazoleta de acero de su espada. Después, Su Excelencia —quienquiera que fuese— movió la cabeza muy despacio. Reflexivo.

—Aquí lo tenéis —dijo al fin, volviéndose a medias hacia el hombre oculto por el contraluz de la ventana.

Entonces se movió éste; y cuando el resplandor del sol se deslizó sobre su cabeza y sus hombros, descubriéndolo, Alatraste reconoció a don Francisco de Quevedo.

—Venecia —concluyó Quevedo.

Había estado hablando durante un buen rato sin que nadie lo interrumpiese. El otro caballero había permanecido en silencio, apoyado con actitud distinguida en el dintel de la chimenea: una mano en la cadera, sobre la empuñadura de la espada, y una copa de vino en la otra. Displicente, pero sin apartar los ojos del soldado que seguía inmóvil en el centro de la habitación.

—¿Alguna pregunta? —dijo ahora.

Volvió un poco el rostro hacia él Diego Alatríste, considerando en sus adentros cuanto acababa de oír.

—Muchas —respondió.

—Pues atendámoslas una por una.

Alatríste miró de nuevo a Quevedo. Asentía el poeta, amistoso como siempre, cual si la misma víspera hubieran despachado juntos un azumbre de San Martín de Valdeiglesias en la taberna del Turco. Lo grave de la conversación no le disimulaba los viejos afectos.

—¿Por qué vuestra merced, don Francisco?

Se acentuó la sonrisa del poeta. Tenía más canas, y marcas de fatiga en la cara. Sin duda había sido el suyo un largo esfuerzo: de Madrid a embarcar en Cartagena, y luego el mar con vientos difíciles, hasta Nápoles. Y los años no pasaban en balde. Para nadie.

—Antes que éste hice catorce viajes a Italia, durante mi amistad con el difunto duque de Osuna, don Pedro Téllez Girón... Me sirvieron de estudio. Mi situación actual en la Corte ha hecho que algunos recuerden los pasados servicios. Mis contactos y experiencia. Y recurren a mí para ciertos aspectos de un asunto delicado... Un negocio importante y secreto.

Tenía que serlo, dedujo Alatríste. Muy importante y muy secreto: lo suficiente para recurrir a don Francisco de Quevedo. Todos estaban al corriente de la estrecha relación que, como embajador y consejero del duque de Osuna, el poeta había tenido, años atrás, con el desgraciado Pedro Téllez Girón cuando éste, virrey de España en Sicilia y luego en Nápoles, era punta de lanza de la monarquía española en el Mediterráneo y azote implacable de turcos y venecianos. Después, la caída en desgracia de Osuna —a la que ni envidias de la Corte ni oro de la Serenísima fueron ajenos— había arrastrado a Quevedo, que tardó mucho tiempo en recobrar el favor real merced a su creciente privanza con el entorno de la reina Isabel y a la necesidad que de su pluma, afilada y letal, tenía el conde-duque de Olivares.

—El norte de Italia es clave, querido capitán —prosiguió el poeta—. Y lo es para todos: España, Francia, Saboya, Venecia... Los españoles necesitamos mantener, desde Lombardía, el camino propio y seguro que permita llevar por tierra nuestros tercios a Flandes. En cuanto a los franceses, siguen requemados de envidia por nuestra presencia en Milán. Por su parte, Saboya continúa desatinada por el Monferrato, inolvidable pretensión de su codicia. Y los venecianos mantienen su inquieta ambición sobre el Friuli, donde quieren usurpar los puertos que tiene el emperador...

Se había acercado a la mesa, donde entre los papeles que allí había, iluminados por el rectángulo de luz de la ventana, extendió un gran mapa de la península italiana. Tras calarse los lentes, que pendían de un cordón de la botonadura del jubón negro, sus dedos

recorrieron de abajo arriba la franja en forma de bota entre los mares Adriático y Tirreno: extensas posesiones españolas de Sicilia y Nápoles, al sur, y el estado de Milán, al norte, además de la isla de Cerdeña y los presidios costeros toscanos, la región del Finale en la costa ligur y el fuerte de Fuentes al pie de los Alpes. Un formidable despliegue político y militar al que sólo podían hacer sombra los tres grandes estados italianos adversarios de la hegemonía española: los del papa, Saboya y Venecia.

—Venecia... Esa puta del mar, desvergonzada e hipócrita.

Un dedo de don Francisco se detuvo sobre la cuña de territorio que se adentraba en el norte de la península, desde el golfo Adriático hasta los confines españoles del Milanésado. El poeta casi escupía las palabras, y Diego Alatriste supo por qué. Ni a Quevedo ni a nadie se les escapaba que en la desgracia del duque de Osuna habían tenido mucho que ver las envidias e intrigas de la corte de Madrid, pero también el oro de la Serenísima.

—República parásita —continuó diciendo Quevedo—, aristocracia de mercaderes, vive de promover disturbios a otros. Se alía con príncipes a los que teme, para destruirlos a la sorda. Más paz y victorias le dan las guerras en las que mete a sus amigos que las que declara a sus enemigos... Sus embajadores son espías, su oro estímulo de sediciones. Es gente sin más religión que su interés. Permite en su suelo escuelas públicas de las sectas de Calvino y de Lutero. Alquilados sus ejércitos, vence vendiendo y comprando, no peleando...

Venecia es una ramera, como digo, que gana con su cuerpo para que otros la defiendan, y tiene por chulos a Francia y Saboya. Y siempre fue así. Después de Lepanto, cuando Roma, España y toda Europa fiaban en los pactos establecidos, la Serenísimas Zorra se apresuró a firmar en secreto las paces con el turco.

La elocuencia de don Francisco era casi literaria, observó Diego Alatríste. Incluso en un antiveneciano convencido, como era su viejo amigo, la retórica parecía excesiva. Se diría que recitaba de memoria uno de aquellos opúsculos que en los últimos tiempos escribía a satisfacción del conde-duque. Al fin, mirando de reojo al caballero que seguía apoyado en la chimenea y escuchaba el discurso con manifiesta aprobación, creyó comprender la causa: Quevedo estaba planteando en voz alta la doctrina oficial. La justificación, que en algún momento posterior sería pública, de lo que allí se tramaba, o empezaba a tramar. Y como el gato escaldado hasta del agua fría recela, Alatríste se preguntó, con un nuevo estremecimiento de inquietud, qué parte de todo aquello —nunca la más grata ni la mejor pagada, como de costumbre— acabaría cayendo sobre sus espaldas.

—Esos republicones —remataba Quevedo— han puesto toda su atención en el Adriático, llamándolo golfo suyo... Y con la fábula de apellidarse defensores de Italia y la fe cristiana, diciendo que les pertenece el dominio de ese mar para limpiarlo de corsarios, dejan que lo naveguen a su placer holandeses, moros y turcos, enemigos todos de la religión católica.

Se interrumpió de pronto, cual si hubiera agotado los argumentos. Fruncía el ceño, pareciendo considerar

si olvidaba algo. Sus lentes cayeron del puente de la nariz, colgando del cordón. Después miró al caballero de la chimenea, vertió vino en la otra copa y la apuró de un largo trago, sin respirar, como si necesitara remojar la palabra. Fue entonces cuando el otro se apartó de la chimenea, vino hasta la mesa y contempló pensativo el mapa de Italia. Aún tenía una mano apoyada en la cade-ra y sonreía de una manera extraña, consideró Alatríste. Como el garitero que baraja naipes con más flores que mayo.

—Vamos a darles una lección —dijo.

—A esos hideputas —remachó el poeta, brutal, chasqueando la lengua mientras dejaba sobre los papeles la copa vacía.

Se trataba de eso, entonces. Diego Alatríste se estremeció de nuevo en sus adentros. Era mastín viejo. Empezaba a cuajar lo que hervía en la olla.

—¿Como la conjura de hace nueve años?

Arriesgó esa idea y luego aguardó, impasible. Los ojos del caballero desconocido lo cribaron de arriba abajo, arrogantes al principio y reflexivos después. Parecieron concluir, al cabo, que las circunstancias justificaban aquella pregunta. También una respuesta.

—Nunca la hubo —dijo, sereno—. No, al menos, como se cuenta. Y podéis creerme, pues yo también, como don Francisco, estaba cerca del duque de Osuna en aquella ocasión... El año dieciocho, alarmados los venecianos por la turba de aventureros, espadachines, corsarios y ladrones que componían sus tropas asalariadas a punto de amotinarse, limpiaron sentinas usando a España como pretexto... ¿Iban a derrocar a la

República dos corsarios, un viejo borracho y unos cuantos buscavidas sin fama, créditos ni recursos?

Se quedó callado, mirando primero a Quevedo y luego otra vez a Alatríste. El silencio fue tan largo que éste creyó oportuno decir algo. Cual si los otros pareciesen esperar que lo hiciera.

—No creo —aventuró.

Lo dijo inseguro, pero el caballero pareció satisfecho al oír aquello. Se volvía ahora a medias hacia Quevedo tocándose la barba, como si acabasen de entrar, a satisfacción suya, en otra clase de terreno. La idea de la conspiración, explicó en tono algo más afable, les había ido de perlas a los venecianos. Gracias al escándalo que organizaron, ya no estaba en Italia aquel insigne triunvirato que sostenía en Italia los blasones de Castilla: el embajador Bedmar en Venecia, el marqués de Villafranca en Milán y el duque de Osuna en Nápoles. A este último le envenenaron gloria y fama hasta hundirlo con el proceso que lo hizo morir en prisión. Con ello, la política del Consejo de los Diez había triunfado: apenas salió Osuna de Italia, negoció Venecia con el turco, estrechó la amistad con saboyanos y piemonteses, encendió de nuevo la contienda de la Valtelina, y hacía dos años había logrado que se formara la Liga de Aviñón: esa alianza contra natura sólo explicable por el terror que a todos causaba España. Una liga con la que el papa, Francia, Inglaterra, Dinamarca, Holanda, Saboya y los estados protestantes de Alemania buscaban la ruina de la monarquía católica y la casa de Austria.

—Tarde advirtió la corte española sus errores —concluyó—. Iban el rey Felipe y el emperador Fernando a enviar

ejércitos que aplastasen a Venecia, cuando la guerra en Flandes y en Europa nos distrajo tropas y energías... No puede haber ya campaña abierta en el norte de Italia. Pero sí hay oportunidad para poner las cosas en su sitio, de otra manera, haciendo lo que no se hizo hace nueve años... Haciéndolo de verdad.

Digirió Alatraste aquello lo mejor que pudo. Lo que más lo inquietaba era el tono de confianza. Que se lo contaran de esa manera, casi de vuestra merced a vuestra merced, cual si todos estuviesen metidos en idéntico negocio. Don Francisco y el desconocido lo miraban ahora como alanos rondando un hueso con mucho tuétano. Tragó saliva. En qué maldito embrollo, se dijo desolado, me están metiendo.

—¿Una segunda conjura? —aventuró de nuevo.

Alzó el caballero un dedo admonitorio, aunque sin severidad. Parecía un gesto divertido. Cómplice. Eso intranquilizó a Alatraste todavía más.

—Ya os digo que nunca hubo primera. Aquello fue más propaganda veneciana que otra cosa... Lo de ahora va en serio.

—¿Y qué tengo yo que ver?

Con una sonrisa de afecto, sin duda sincera, don Francisco de Quevedo cogió su copa vacía de la mesa, y tras llenarla de nuevo se la ofreció a Diego Alatraste. La sostuvo éste un momento en la mano, y tras una corta vacilación mojó el mostacho, sin apartar los ojos de la cruz de Calatrava que el caballero desconocido lucía en el lado izquierdo del pecho. Que le ofrecieran vino lo asustaba todavía más que una parla a gaznate seco.

Entonces recordó el viejo refrán: cuando al soldado le dan de beber, o está jodido o lo van a joder.

—Voto a Cristo, Íñigo. Estás hecho un hombretón.

Me sentía feliz por ver de nuevo a don Francisco. Había pasado un año y medio desde la última vez, cuando nos despedimos en Madrid tras el asunto del jubón amarillo y la conspiración que estuvo a punto de costar la vida al rey nuestro señor durante una cacería en El Escorial.

—Un hombre de una pieza, joven y gallardo... No como nosotros, querido capitán, que empezamos a aparentar la edad que tenemos.

Era de nuevo el afecto habitual. La vieja intimidad entre nosotros, felizmente recobrada. Celebrábamos nuestro reencuentro con una comida para tres en una hostería de Pizzofalcone, bajo un emparrado seco y un toldo de lona que nos protegía del sol napolitano, espléndido pese a lo avanzado de la estación: zuquinis en aceite y vinagre, pichones asados, jigote de cabrito y buena provisión líquida de greco y lacrimachristi. El paisaje era soberbio: el mar de un azul intenso surcado por velas blancas, el Vesubio lejano, humeante sobre su ladera oscura, y la ciudad hermosa que se extendía a nuestros pies, en torno a las faldas de la colina. El puerto con sus galeras y naves amarradas, Castilnuovo y el palacio del virrey a un lado, la eminencia fortificada de San Elmo a nuestra espalda, y la playa de Chiaia a la otra parte, con sus palacios alineados, la arboleda inicial

y la hermosa playa que se curvaba, semicircular y franca, hacia Mergelina y las verdes alturas del Posílipo.

—Intervendrá en el negocio, supongo.

Don Francisco había pronunciado esas palabras entre dos tientos al vino, como al descuido, pero observando de reojo al capitán Alatraste. Advertí que éste me miraba del mismo modo por un breve instante. Después se echó hacia atrás en la silla —tenía desabrochado el jubón y abierto sobre el pecho el cuello de la camisa— y perdió la vista en el horizonte azul, allí donde la isla de Capri se difuminaba en la distancia.

—Depende de él —dijo, inexpressivo.

Me lo habían contado con los pichones, muy por encima, sin entrar en detalles. Un golpe de mano en Venecia, por Navidad. Ajuste de cuentas con aquellos comedores de hígado encebollado, tornadizos como cantoneras de todo trance. La letra menuda se le contaría al capitán más adelante. Se nos contaría, si yo terminaba pidiendo naipes de aquella descuadernada.

—Depende de ti —repitió don Francisco, mirándome con franqueza.

Encogí los hombros. La vida junto a mi antiguo amo, Madrid, Flandes y el Mediterráneo, había hecho de mí lo que era: un mozo de manos recias y buen ojo, sereno a la hora de desnudar la sierpe, diestro en el oficio de acuchillar y ser acuchillado. Con maneras de soldado y edad suficiente para tomar decisiones.

—Con el capitán —dije— bajo al infierno.

Sonó a bernardina de jaque, y sólo me faltó añadir «digo, y no digo más», para sentar plaza de bravonel en la hostería. Yo era en aquel tiempo mozo audaz y reñidor,

quisquilloso como buen vascongado, celoso de mi reputación y amigo de pregonarla; pues la juventud, como es sabido, muchas veces gana en alientos lo que pierde en prudencia.

—No sería la primera vez —apuntó don Francisco.

Sonreía, un punto irónico, por los fieros leonescos de mi arrebato. Pero eso no me ofendió en absoluto, pues su afecto incondicional y generoso me lo había demostrado mil veces. Por su parte, el capitán Alatraste entornaba los ojos sin dejar de mantenerlos fijos en el mar, por donde una galera con las velas aferradas en las antenas venía bogando a manera de ciempiés, desde levante.

—La idea —dijo don Francisco bajando la voz, aunque estábamos solos— es concentrar a varios grupos de gente segura a partir de Milán, y meterlos poco a poco en la ciudad, con disimulo. Otros llegarán por mar. Todos deberán estar dispuestos para actuar el día y la hora previstos.

—¿Españoles?

—En parte. Pero también de otras naciones. Se cuenta con algunas tropas mercenarias dálmatas y tudescas al servicio de la República... Sus jefes están ganados para la causa. También hay venecianos implicados.

Don Francisco le dio otro tiento al lacrimachristi, del que habíamos liquidado entre los tres casi azumbre y medio. Los años, observé, no le habían cambiado los hábitos. Seguía siendo concienzudo escurridor de jarros, como en Madrid. Gran bebedor bajo buena o mala capa, aunque no tanto como el capitán Alatraste, que parecía tener de esponja las asaduras. Esta vez la suerte favorecía

al poeta y la capa era buena; estaba doblada sobre una silla de la hostería: negra, de terciopelo con vueltas de seda. Los que vivía eran tiempos felices, de posición y privanza. La muerte reciente de una tía rica —doña Margarita Quevedo— y el favor del conde-duque y la reina lo tenían, de momento, en lo alto de su fortuna. En la cumbre de las letras y la política.

—Todo lo lleva el gobernador de Milán —prosiguió—. Dentro de un par de semanas empezará a disponer tropas en la frontera con el estado veneciano, que en caso necesario avanzarán por Brescia, Verona y Padua, a fin de respaldarlo todo. Al mismo tiempo, diez galeras con bandera austriaca e infantería española, gente de los tercios de Nápoles y Sicilia, forzarán la entrada del Adriático, con el pretexto oficial de dirigirse a algún puerto del emperador, en el Friuli.

—Diciembre no es tiempo de galeras —objeté.

—De éstas, sí. Para este asunto, cualquier tiempo resulta bueno.

—¿Y qué se espera de nosotros?

—Lo conocerás a su debido tiempo —don Francisco miró a mi antiguo amo, que seguía contemplando el mar—. El papel de vuestra merced es importante, de todas formas. Y secreto. Se le comunicará por partes, durante el viaje... Hay dos etapas previstas: Roma y Milán. Yo os acompañaré hasta la primera, y allí os deseare suerte después de ponerlos en buenas manos.

El capitán Alatraste permanecía inmóvil, recostado en el respaldo de su silla. En el perfil tostado y aguileño, la claridad del día y el reflejo del sol en el mar le aclaraban aún más la mirada. Los ojos, absortos en la

distancia, se veían de un color verde muy claro, casi transparente.

—Nunca hubiera imaginado veros en negocio de tal calibre.

Lo dijo pensativo, sin mirar al poeta. Sonrió éste y dijo que tampoco él se hubiera imaginado a sí mismo, pero que nadie escapaba a ciertos fantasmas. Sabedor de su intenso pasado italiano, explicó, el conde-duque había requerido sus servicios sin darle opción a negarse. Todo muy al estilo Olivares, que acostumbraba hacer las cosas en plan ordeno y mando. Además, en la trama había personas a las que don Francisco conocía bien: el embajador de España en Roma era íntimo suyo, con el gobernador de Milán mantenía correspondencia desde mucho tiempo atrás, y de la época junto al duque de Osuna conservaba material valioso, documentos y contactos utilísimos para la empresa. En cuanto al caballero con el que se habían visto en la vía Piedegruta, era nada menos que don Francisco Vázquez de La Coruña, marqués de los Mariscales, viejo amigo suyo y brazo derecho del virrey de Nápoles. Imposible zafarse del compromiso.

—Así que, con mi actual posición en la Corte, no podía esquivar el bulto —concluyó—. *Oboedite praepositis*, como decía San Pablo... Tampoco me habría negado, en cualquier caso. El de Osuna era mi amigo, y no olvido el papel que Venecia tuvo en su ruina. Él nunca toleró a la República sus demasías e insolencias, el obstaculizar nuestra presencia en el Adriático, la poca religión y la mucha desvergüenza... Arrieros somos, y ya es hora de encontrarnos en el camino.

El capitán Alatríste había apartado la vista del mar. Miraba ahora su espada, apoyada en la silla donde estaban la capa de don Francisco, la suya y la mía. El sol hacía relucir la vieja cazoleta, surcada por arañazos de otros aceros.

—Todavía no sé qué papel juego en esto.

—El negocio tiene varias teclas, que deberán tocarse en el momento oportuno. A vuestra merced corresponde una de ellas, y no la menos importante.

El capitán había cogido su vaso de la mesa y lo llevaba a los labios. Interrumpió el movimiento a medio camino.

—De mucho matar, supongo.

Guiñó un ojo don Francisco, casi festivo.

—Suponéis bien. También de incendiar, demoler y destruir... Vuestro grupo, del que está previsto seáis cabo, actuará en coordinación con otros. Cada cual tendrá su misión específica.

Asintió levemente el capitán, bebió y puso más vino en su vaso.

—¿Qué gente irá conmigo?

—Al primer voluntario acabáis de oírle la intención —el poeta me guiñó de lado un ojo, cómplice—. Va al infierno con vuestra merced, dice.

—¿Deberé elegir yo mismo?

—No es imprescindible. Aunque os conozco, y dije que estaréis más cómodo si os acompañan algunos camaradas. Otros vendrán impuestos, pero queda un margen... Podéis hacer una pequeña lista de nombres, si gustáis. Soldados conocidos por vuestra merced, de fiar. De los que saben mover las manos y tienen la boca

cerrada incluso en las ansias del potro... Gente de acero y silencios.

Nos miramos el capitán y yo. Éramos bailarines veteranos y no requeríamos jabón para resbalar.

—¿Y si sale mal?... Venecia no es un lugar amistoso para españoles, y lo será menos si las cosas se tuercen.

—No se torcerán.

—Ya. Pero me gustaría saber si hay prevista una vía de escape. Una retirada más o menos segura.

—Supongo que sí.

—¿Nada más lo supone vuestra merced?

—Todo lo lleva el gobernador de Milán. Los detalles son cosa suya.

En el rostro impasible del capitán Alatraste, una mirada escéptica delataba sus pensamientos: no era el gobernador de Milán quien iba a vérselas con los venecianos enfurecidos, en caso de problemas, en una ciudad donde era fama que espías y agentes extranjeros solían morir en silencio, sin proceso ni escándalo: desaparecían, y ahí nos vimos. Adivinándole las ideas, quiso don Francisco tranquilizarlo.

—Nunca os metería en esto de no tener confianza —deslizó.

Yo estaba seguro de ello, pero no estimé tan convencido al capitán. La vida le había enseñado que el interés propio, la necesidad, incluso la devoción misma, pueden cegar a los más leales. Casi todos los hombres, aun de buena fe, acaban viendo las cosas como las desean ver.

—Estará pagado, imagino.

Se relajó el poeta. Hablar de dinero era pisar sobre seguro.

—¿Pagado?... Voto a tal. Un mes con sueldo de ochenta escudos para los cabos y cincuenta para la tropa. Sin contar lo que supondrá en vuestras hojas de servicio, en especial para Íñigo... Después de esto, su entrada en los correos reales y en la Corte es cosa hecha. La reina misma está dispuesta a recomendar el asunto.

Vi torcerse el mostacho del capitán Alatraste con lo de las hojas de servicio. Mi antiguo amo había visto demasiadas de ellas —él mismo tenía unas cuantas en su mochila de soldado— metidas en canutos de hojalata, exhibidas por mendigos y mutilados que limosneaban a la puerta de las iglesias de toda España. A mí, sin embargo, corridos mundo y guerras pero mozo al fin, el argumento me sonaba bien. Y las últimas palabras de don Francisco me acariciaron el orgullo.

—¿Habéis hablado de mí a la reina? —inquirí, halagado.

—Naturalmente. Si yo gozo de favor, no veo por qué no han de tenerlo mis amigos. Tu antiguo lance con la Inquisición y tu juventud en Flandes enternecen mucho a la hija del Bearnés... Y por cierto. Hablando de ternezas, tengo noticias para ti.

Hizo una pausa, y su sonrisa bastó para suspenderme el ánimo. Hacía tiempo que yo no recibía cartas de Nueva España.

—Se habla de que Luis de Alquézar puede recobrar el favor del rey. Por lo visto ha hecho fortuna con las minas de plata, en Taxco. Hombre hábil como es, lleva tiempo cuidando la bolsa de cualquiera que pueda serle útil en

Madrid, cuarto Felipe incluido. Dicen que nuestro joven soberano, necesitado como siempre de numerario, está a punto de levantarle el destierro. Dádivas ablandan peñas.

Don Francisco hizo otra pausa, más larga esta vez, y sonrió afectuoso, con mucha intención.

—Eso significaría un regreso a Madrid —añadió— de Alquézar y su sobrina, que volvería a entrar en la Corte.

Ya no tenía edad para ruborizarme —aunque vascongado y de Oñate, nunca fui de cortedades ni rubores—, y menos con la vida que había llevado y llevaba. Sin embargo, aquello me agolpó la sangre en la cara. Con una ojeada de soslayo comprobé que el capitán Alatraste me miraba, impasible. «El apellido Alquézar nos trae mala suerte», había dicho en cierta ocasión con aquel tranquilo tono suyo, casi indiferente, que parecía traer las palabras desde muy lejos. Y era cierto. Mi impetuoso amor por Angélica había puesto nuestras cabezas, más de una vez, a dos dedos del verdugo. Ni el capitán ni yo lo olvidábamos.

—No estaría mal —proseguía don Francisco— que un flamante caballere de los correos reales enfrentase la nueva etapa de su vida con la faltriquera llena. Las damas de la reina, y de eso doy cumplida fe, tienen gustos caros.

Y recitó, festivo:

*En confites gastó Marte la malla,
y la espada en pasteles y en azumbres.
Volvióse en bolsa Júpiter severo;
levantose las faldas la doncella
por recogerle en lluvia de dinero.*

—Lo que nos lleva de nuevo —enlazó con naturalidad— a Venecia... Imaginad una de las ciudades más ricas del mundo, si no la que más, puesta a saco. Lo que podréis embolsar allí.

El capitán Alatraste había apoyado las manos sobre la mesa, a uno y otro lado de su jarra de vino, y las miraba con aire reflexivo. Con aquellas manos mataba, me dije. Ellas le daban de comer.

—¿Por qué yo? —preguntó.

El poeta hizo un ademán vago y dirigió un vistazo ladera abajo de Pizzofalcone, en dirección al palacio del virrey. Cual si la respuesta estuviera allí.

—No puedo daros precisiones sobre el plan. Pero repito que la parte que os corresponde exige a alguien de buena mano y extrema confianza... Al barajar nombres con el conde-duque, salió a relucir el vuestro. El privado no olvida el papel que hicisteis cuando el episodio de El Escorial. Tampoco la promesa formulada delante de mí en el paseo del Prado, cuando pedíais ayuda para Íñigo, preso por la Inquisición. «Me lo debe», zanjó Olivares, con una de esas muecas feroces que no admiten réplica... Así que aquí estoy, y aquí estáis.

Siguió otro silencio, breve, durante el que don Francisco y el capitán Alatraste se miraron a los ojos con la inteligencia de su vieja amistad.

—Lástima —suspiró el capitán, al fin—. Se estaba bien en Nápoles.

Una sonrisa leve, un punto fatigada, aderezaba de melancolía el comentario. Observé que don Francisco asentía, encogiendo los hombros cual si compartiera,

sin necesidad de más palabras, los pensamientos de mi antiguo amo. Gente como vuestra merced, parecía decir el gesto, no está en disposición de elegir dónde vive, ni riñe. Aunque a veces, en el mejor de los casos, pueda elegir dónde muere.

—Venecia es bonita —dijo el poeta.

—Pero en invierno hace un frío de mil diablos.

El capitán miraba el paisaje con ojos entornados y el rastro de la sonrisa todavía perceptible bajo el mostacho. Pensé que de veras le costaba despedirse de aquella ciudad que en otro tiempo albergó los mejores años de su juventud, y en la que parecía encontrarse a gusto: en Nápoles todo era simple, regido por la disciplina militar, con el Mediterráneo y sus orillas como territorio de caza, buen vino y buenos camaradas. Tan distante de las incómodas campañas del norte, las trincheras, las marchas bajo la lluvia y los asedios interminables, y también de las zozobras y asechanzas de aquel Madrid complicado y peligroso, cogollo de una España equívoca, turbulenta y miserable, madrastra ingrata a la que su espada mercenaria nunca lamentaba dejar atrás. Esa triste patria a la que sólo era posible amar cuando se tenía lejos, esperando junto a los camaradas silenciosos una carga enemiga, apretados los dientes bajo el ondear de una vieja bandera desgarrada por el viento y la metralla.

A mí, sin embargo, desde hacía rato me sobraba Nápoles. Ni siquiera el nombre de Angélica de Alquézar calentaba tanto mi corazón como el hormiguelo de lo inminente. Desde aquella colina, más allá del mar azul y las alturas del Posílipo, hacia el septentrión

italiano y a orillas del golfo Adriático, vislumbraba yo nuevas aventuras, lances apretados, emociones y sacos de oro abiertos a estocadas en palacios de mítica riqueza. Para llegar a ello sólo tenía que poner de nuevo la vida al parche del tambor, igual que quien arroja dados o pide naipes; y eso era algo a lo que, junto al capitán Alatríste, mi juventud audaz e insolente estaba acostumbrada. Una aventura nueva me esperaba, tentadora al modo de una cortesana aderezada con perlas y brazaletes de oro. Venecia, me dije con deleite. Aquel nombre singular acariciaba mis propósitos, alentándolos como el susurro íntimo de una mujer hermosa.

